

Domingo Trigésimo Segundo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

1 Re 17, 10-16; Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10;

Hb 9, 24-28; Mc 12, 38-44

El evangelio de hoy nos presenta dos elementos íntimamente relacionados para que elaboremos nuestra reflexión. Si el domingo pasado hemos visto que el amor cristiano es un amor total y absoluto, lo de hoy es un caso particular y una aplicación de ese principio.

En su *Ética a Nicómaco*, Aristóteles define el hombre pródigo como aquel que se arruina por su gusto, de forma que la prodigalidad viene a ser una especie de destrucción de sí mismo, dado que sólo se vive con lo que se tiene. Quien da todo lo que tiene corre el riesgo de morir.

La viuda del evangelio de este domingo es, según esta definición, una viuda pródiga porque echó en la alcancía del templo todo lo que tenía para vivir. San Marcos dice que la pobre viuda echó toda su subsistencia, dice también que dio toda su vida, porque de las dos monedas dependía, en verdad, su vida entera. Con su limosna, la viuda convirtió su pobreza en auténtico sacrificio e inmolación; como si hubiera derramado su vida en libación sobre el altar o la hubiera quemado como incienso en la presencia de Dios; y todo sin ser notada, como se hacen las cosas grandes: en secreto. Descubierta sólo por la mirada de Cristo que, más allá de las apariencias, penetra en lo interior.

Al descubrirla con la mirada de Cristo, san Marcos la sitúa en contrapunto de los escribas que se pavonean con sus llamativos ropajes, reclamo de reverencias y adulación de la gente. La falsa justicia que Cristo fustigó en el sermón del monte se dramatiza en estos personajillos, hambrientos de vanidad y codicia, que recibirán la sentencia rigurosa de Dios por haber adulterado la oración y extorsionado a las viudas. También éstos son pródigos, como aquel hijo de la parábola que dilapidó todos sus bienes y se destruyó a sí mismo, porque sólo se amó a sí mismo. Los escribas dilapidan todo para ganarse la admiración de los hombres y ser tenidos por justos al margen de Dios. La viuda, por el contrario, todo lo entrega, y conquista, sin ella saberlo, la alabanza del Señor. Con dos monedas se perdió a sí misma y se ganó para Dios.

Esta escena ocupa, en el evangelio de Marcos, un lugar muy significativo. Es el colofón a todos los dichos y hechos de Jesús. Viene a decir que, ante lo que Cristo dice y hace, debemos evitar la actitud de los escribas -¡Cuidense de los escribas!- con su hueca piedad e hipocresía. Debemos más bien observar a la viuda para descubrir en ella el verdadero fundamento de la religión: ser pródigos en darnos a Dios, sin reservas, con lo que somos y tenemos. Sólo así Dios será lo único importante de

nuestra vida al que serviremos pródigamente con lo necesario para vivir y no con lo superfluo.

A la luz de un mensaje evangélico tan transparente, todos nos podemos analizar hoy: ¿Qué significa para nosotros "dar"? ¿Cómo es nuestra entrega en la familia, en el trabajo, en el barrio, en la comunidad parroquial? ¿En qué medida vivimos el espíritu de aquella viuda, pobre, pero de un corazón inmensamente rico? ¿Cuáles son las excusas que tenemos para dar solamente lo que nos sobra? Que la Eucaristía sea lo que fue para Cristo: un darnos todo a todos...

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)